

EL ARCHIVO COMO METÁFORA

DEL ESPACIO DE ARCHIVO AL TIEMPO DE ARCHIVO

THE ARCHIVE AS METAPHOR ¹ FROM ARCHIVAL SPACE TO ARCHIVAL TIME

¹ El presente artículo y su introducción fueron publicados en el Número 7: *No memory* de la *Revista Open*, el 30 de septiembre de 2004.

Wolfgang Ernst

Traducción de Constanza Qualina | constanzaqualina@yahoo.com

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Recibido: 15/4/2018 | Aceptado: 18/7/2018

RESUMEN

El archivo se ha transformado en una metáfora universal para todas las formas concebibles de almacenamiento y de memoria. Sin embargo, desde la perspectiva de la arqueología de los medios del teórico alemán Wolfgang Ernst, el archivo no está destinado a la memoria, sino a la práctica puramente técnica de almacenamiento de datos: cualquier historia que agregamos al archivo proviene del exterior. El archivo no tiene memoria narrativa, solo una que calcula. En una cultura digital, Ernst dice, el archivo, de hecho, pasa de un espacio de archivo a un tiempo de archivo, en el cual la clave es la dinámica de la transmisión permanente de datos. El archivo, entonces, se convierte, literalmente, en una *metáfora*, con todas las posibilidades que esto implica.

PALABRAS CLAVE

Arqueología de los medios; memoria; archivo

ABSTRACT

The archive has become a universal metaphor for all conceivable forms of storage and memory. Seen from the media-archaeological perspective of the German theorist Wolfgang Ernst, however, the archive is not dedicated to memory but to the purely technical practice of data storage: any story we add to the archive comes from outside. The archive has no narrative memory, only a calculating one. In a digital culture, Ernst says, the archive in fact changes from an archival space into an archival time, in which the key is the dynamics of the permanent transmission of data. The archive then become literally a *metaphor*, with all the possibilities this entails.

KEYWORDS

Media archaeology; memory; archive



Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribucion-NoComercial-SinDerivadas
4.0 Internacional*

En primer lugar, tomemos el archivo en su uso no metafórico, como una práctica de memorización con capacidad administrativa. Luego, enfrentemos el desafío digital que tienen los archivos tradicionales: las memorias residenciales y estáticas están siendo reemplazadas por formas dinámicas y temporales de almacenamiento en los medios de transmisión. Irónicamente, cuando el predominio del almacenamiento cultural es reemplazado por el énfasis en la transferencia, volvemos a la *metaforización* literal del archivo.

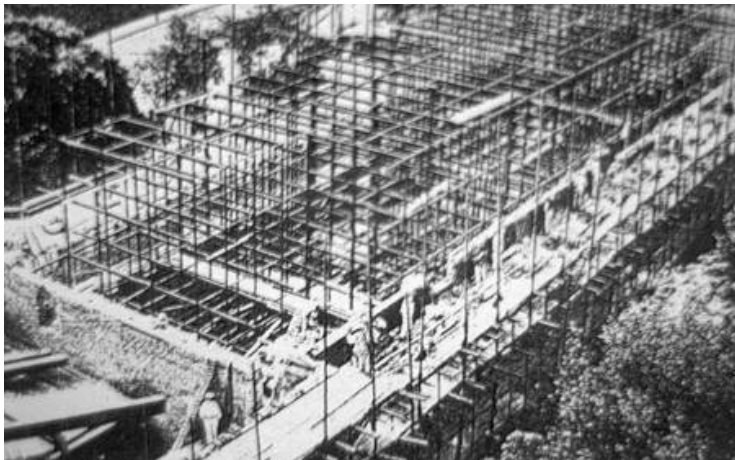


Figura 1. El archivo militar alemán en construcción (Potsdam, 1939)

El *archivo* se ha convertido en una de las metáforas más populares para todo tipo de agencias de almacenamiento y de memoria. Pero no nos olvidemos, ante todo, de que el archivo es una institución muy precisa y, por lo tanto, limitada. El archivista sabe que opera en los *arcana imperii*, las esferas escondidas del poder. Existe una razón jurídica bien definida para mantener espacial y temporalmente alejados de la inspección pública los documentos que son importantes en los contextos administrativos; todo lo demás está sujeto al discurso. El archivo literalmente comenzó con una definición administrativa —como *archeion*, relacionado con las nuevas formas de mando en la antigua Atenas, luego de ser alfabetizada.

El espacio de archivo se basa en el *hardware*, no en un cuerpo metafórico de memorias. Su sistema operativo es administrativo; sobre sus datos almacenados, las narraciones (historia, ideología y otros tipos de *software* discursivo) se aplican solo desde el exterior. Las prácticas no discursivas son la realidad de los archivos bajo un conjunto dado de reglas —en cierto modo, análogo a los protocolos de transferencia en Internet o a los códigos detrás del *software* de computación.

EL SILENCIO DEL ARCHIVO: EL PUNTO DE VISTA DE LA ARQUEOLOGÍA DE LOS MEDIOS

El archivo no es el lugar de las memorias colectivas en una sociedad determinada (Halbwachs, [1925] 1952), sino el lugar de la clasificación, el ordenamiento y el almacenamiento de los datos que resultan de los actos administrativos, y representa un tipo de opción de retroalimentación cibernética de los datos con los procedimientos actuales. Los datos archivados no están destinados a la memoria histórica o cultural, sino a la memoria organizacional (como el Estado, los negocios, los medios); los archivos reales vinculan la autoridad con un aparato de almacenamiento de datos.

Partiendo desde la teoría de la semiótica cultural desarrollada por Yuri Lotman, la cultura es una función de sus agencias de memoria. Lotman definió la cultura como una función de sus medios, instituciones y prácticas inherentes de almacenamiento y de transferencia del conocimiento cultural. La arqueología de los medios mira a la cultura de la memoria en un sentido no antropocéntrico; toma la presencia del archivo, no la historia narrativa, como su modelo de procesamiento de datos *pasados*. La arqueología de los medios, interesada en el procesamiento de las señales más que en la semiótica, dirige su atención a la direccionalidad tecnológica de la memoria y descubre un estrato de archivo en la sedimentación de la memoria cultural que no es puramente humano ni puramente tecnológico, sino que está, literalmente, entremedio: operaciones simbólicas que analizan los fantasmas de la memoria cultural como máquina de memoria.

En el sentido de la antigua noción de *katechon* (aplazamiento), el archivo suspende la despiadada ley termodinámica de la física en la cual todas las cosas tienden a la disolución y al desorden hasta que ocurre la muerte. El archivo logra mantener el orden a través de una fuerte inversión de energía organizacional. Una función del archivo cultural es garantizar que se conserven los datos improbables, es decir, aparentemente inútiles, para una futura información posible (según las teorías de la información, como la de Claude Shannon. Lo que queda del pasado en los archivos es el rastro físico de la materia simbólicamente codificada, que, en su materialidad, está básicamente presente en el espacio. Cuantos más datos culturales se procesan de forma electrónica y efímera, más autoridad gana el archivo tradicional a partir de la propia materialidad de sus elementos (pergamino, papel, cintas) —un efecto de archivo retro.

CONTANDO CON NÚMEROS: LOS MEDIOS, LA MEMORIA Y EL ARCHIVO

El archivo no cuenta historias; solo las narraciones secundarias dan coherencia significativa a sus elementos discontinuos. En su carácter discontinuo, el archivo refleja el nivel operativo del presente, calculando más que narrando. En el archivo, nada ni nadie nos *habla* —ni los muertos ni ninguna otra cosa. El archivo es una agencia de almacenamiento en una arquitectura espacial. No confundamos el discurso público (que convierte datos en narraciones) con el silencio de los datos de archivo discontinuos. No existe una conexión coherente necesaria entre los datos de archivo y los documentos, sino, más bien, espacios intermedios: agujeros y silencio. Es esto mismo lo que hace del archivo un objeto de la estética de la arqueología de los medios: como los arqueólogos, los arqueólogos de los medios se enfrentan a artefactos que no hablan, sino que operan. Este silencio es poder en acción, inadvertido por el discurso narrativo. Este poder es análogo al poder de los medios, que depende del hecho de que los medios esconden y disimulan su aparato tecnológico a través de su contenido, que es una consecuencia de su interfaz. El poder sintáctico del archivo se vuelve visible solo desde una perspectiva que resiste el deseo de semántica.

La memoria de archivo es monumental; contiene formas, no personas. Lo que sea que queda de una persona es una colección de papeles o sonidos e imágenes grabados. Aquí, el sujeto enfático se disuelve en un texto de bits discontinuos. Quien lee coherencia personal en papeles de archivo realiza ficción y les da sentido a letras muertas en el modo de la prosopopeya retórica (nombrando a las cosas muertas como si estuvieran *vivas*). La imaginación histórica, aplicada a las lecturas de archivo, confunde alucinaciones con ausencia. Contra el deseo fantasmático de hablar con los muertos, la conciencia de archivo enfrenta el pasado como datos.

El contar está relacionado con el narrar, pero de una manera antagónica. Cuando se trata de la cuestión de la memoria en la era de la informática digital, me refiero al ensayo de Lev Manovich «Database as a symbolic form» (La base de datos como forma simbólica) (1998): los modelos de datos se vuelven dominantes, dictando la narración; las bases de datos invierten la relación tradicional entre lo paradigmático y lo sintagmático. Lo no narrativo pertenece al régimen de archivo. La información de archivo corresponde al modo de la arqueología de los medios, mientras que la narración corresponde al discurso.

La narración literaria (según el tratado *Laocoonte*, de Gotthold Ephraim Lessing, de 1766) es el arte de organizar la experiencia temporal; Henri Bergson insistió en la percepción humana del tiempo (conciencia) en oposición al registro cronofotográfico de los procesos temporales. El tiempo mismo está ahora organizado

por las tecnologías (Thoma, 1994). La metáfora espacial del archivo se transforma en una dimensión temporal; la dinamización del archivo implica procedimientos basados en el tiempo.

Walter Benjamin, en su ensayo de 1936 «Der Erzähler» (1972), afirma que la experiencia, cuando se la separa de las tradiciones épicas, ya no puede ser comunicada de una manera narrativa. Por el contrario, podemos argumentar que la información tiene que ser consumida inmediatamente a través del análisis en tiempo real —lo que pertenece a la computación y al procesamiento de señales, y ya deja de ser narrable. Desde el punto de vista de la arqueología de los medios, en vez de *memoria narrativa*, una cultura digital trabaja con una memoria que calcula. La evidencia de los documentos en los archivos ya lo sabía: la memoria basada en datos no puede narrar, sino contar de acuerdo con la lógica administrativa que produce dichos archivos. La narración puede ser el medio de la memoria social; el medio de los archivos, sin embargo, es el modo alfanumérico en conjunción con las materialidades (del soporte de datos) y los programas lógicos (operadores simbólicos). El poder es el área donde las narraciones no tienen lugar; el resto es interpretación. El archivo registra, no narra. Solo metafóricamente se puede comparar con la memoria humana —a menos que se tome neurológicamente.

Si hay piezas que faltan en el archivo, esos espacios se llenan con la imaginación humana (Kaplan, 1990). El deseo de la historiografía proviene de una sensación de pérdida (De Certeau, 1973). El archivo no es la base de la memoria histórica, sino su forma alternativa de conocimiento. Si todo lo que queda del pasado es papel (*scripta manent*), entonces la lectura debería tomarse como un acto de recuerdo en su sentido más literal —como una tecnología cultural simbólica que da como resultado una forma paratáctica de presentación. No escribamos sobre la base de archivos o sobre archivos, sino *escribamos el archivo* (transitivamente).

ARCHIVO VERSUS MEMORIA COLECTIVA

Confundir el archivo con un lugar de memoria social es desviar la atención de su capacidad real de memoria: la mecánica de los medios de almacenamiento que opera asimétricamente en comparación con la remembranza humana. En los escritos de Maurice Halbwachs sobre el marco social de la memoria individual, el archivo no figura de manera significativa. El poder (escondido) del archivo se basa en sus materialidades (la ingeniería de almacenamiento físico) y en sus operaciones simbólicas, lo que da como resultado un cuerpo de pruebas no consistente. Esta *memoria sistemática de solo lectura* difiere, fundamentalmente, de

lo que Marcel Proust describió como memoria involuntaria en el subconsciente humano (*mémoire involontaire*). El archivo comienza con actos de cristalización, con la reducción del desorden de los procesos en estructuras gramatológicas y codificadas —un entremedio mediático de conexión flexible y de forma rígida. Aquí, lo real tiene lugar.

El archivo no se trata de prácticas de memoria sino de prácticas de almacenamiento, un *lieu de mémoire* funcional (Manovich, 1998). La remembranza es externa al archivo. Pero al haberse convertido en una metáfora universal para todo tipo de almacenamiento y de memoria, el *archivo* se desfigura; su tecnología de memoria se va disimulando en favor de los efectos discursivos, así como las interfaces multimedia disimulan los procedimientos operativos internos de la informática. Lo que se necesita es una teoría de archivo crucial para los medios, que apunte a su definición como almacenamiento codificado.

DE ARCHIVOS BASADOS EN EL ESPACIO A ARCHIVOS BASADOS EN EL TIEMPO

Desde el punto de vista de la arqueología de los medios, el archivo tradicional (como se indica anteriormente) se deconstruye por las implicancias de las técnicas digitales. Desde la Antigüedad y el Renacimiento, el almacenamiento nemotécnico ha vinculado la memoria con el espacio. Pero hoy en día, el archivo residencial estático como almacenamiento permanente está siendo reemplazado por el almacenamiento temporal dinámico, el archivo basado en el tiempo como un lugar topológico de transferencia de datos permanente. De manera significativa, el archivo se transforma de espacio de almacenamiento en tiempo de almacenamiento; puede ocuparse de la transmisión de *datos en sistemas electrónicos* solo de manera transitoria. Los datos de archivo pierden su inmovilidad espacial en el momento en que se les proporciona un índice puramente temporal (*datos*, literalmente). En circuitos cerrados en red, el criterio final del archivo, su separación de la operatividad real, ya no se da. La característica esencial de la informática en red es su operatividad dinámica. El ciberespacio es una intersección de elementos móviles, que se pueden transferir mediante una serie de operaciones algorítmicas. En los medios electrónicos digitales se está reemplazando la práctica clásica de almacenamiento cuasieterno por movimientos dinámicos *sobre la marcha* como una nueva cualidad. La memoria clásica de archivo nunca ha sido interactiva; sin embargo, los documentos en el espacio en red se vuelven temporalmente cruciales para la retroalimentación del usuario.

El orden espacial y tradicional, es decir, el orden de archivo que todavía continúa en lugares física e institucionalmente remotos, va acompañado de una práctica de archivo dinámica de mapeo de datos, de operaciones de procesos temporales y dinámicos que diferencian los archivos tradicionales de los electrónicos. Los *routers* de seguimiento no son exploradores espaciales, sino temporales. Con el archivo mismo transformándose de una agencia para la espacialización del tiempo en un ordenamiento intermedio (detención) de procesos dinámicos (que pospone el cambio por una detención momentánea), las arquitecturas espaciales del archivo se transforman en una comunicación secuencial, sensible del tiempo, sincrónica.

DE LA LOCACIÓN A LA DIRECCIONALIDAD

Tradicionalmente considerado como *archivo*, Internet todavía no ha alcanzado la mediación de su propio pasado. El ciberespacio es un acto de comunicación transverso; por lo tanto, el «ciberespacio no tiene memoria» (Drosser, 1995, p. 66). Solo se puede acceder en el archivo cultural a los datos que son proporcionados con metadatos direccionales; en el caso de Internet, esta misma infraestructura de archivo se vuelve temporalmente dinámica con la necesidad de acceder a los datos en un momento dado en un texto virtual. Se está reemplazando el espacio de memoria por una serie limitada de entidades temporales. El espacio se temporaliza, el paradigma de archivo es reemplazado por transferencia permanente, memoria de reciclaje.

Solo se puede localizar lo que se puede direccionar. En este sentido, Internet genera una «nueva cultura de la memoria, en la cual la memoria ya no se encuentra en sitios específicos o accesibles según la nemónica tradicional, y ya no es un *stock* al que es necesario acceder, con todos los controles jerárquicos que esto implica» (Caygill, 1999, p. 10). La direccionalidad sigue siendo crucial para la memoria mediada. En el diálogo *Menón*, de Platón, parece ser que la cuestión de la memoria no es más que un efecto de la aplicación de las técnicas de memoria. Cuando el indicio de los datos de *acceso* temporal se vuelve la característica dominante en la búsqueda por Internet, el orden de archivo tradicional se licúa: «Los bienes de información requieren acceso, no posesión» (Hayles, 2001). El modelo de almacenamiento en red convierte los archivos electrónicos en una agencia generativa; la indexación clasificatoria tradicional (por metadatos) se reemplaza por una clasificación dinámica (aunque todavía gobernada por reglas o protocolos) (Esposito, 2002). Lo archivístico no reside en el contenido de sus documentos, sino en la cibernética logística (el ciberarchivo que es el objeto de la

archivología de los medios). Cuando el procesamiento distribuido paralelamente en las computadoras reemplaza la memoria tradicional de las computadoras, los datos se vuelven temporalmente localizables más que espacialmente localizables. Considerado como *une opération technique*, el archivo se convierte en una máquina de memoria cibernética, un juego de latencia y de actualización de datos, retenciones y protensiones del presente. Mientras los documentos permanecen al alcance de las administraciones reales, son parte de un régimen poderoso. Dentro del régimen digital, todos los datos pasan a estar sujetos al procesamiento en tiempo real. En condiciones de procesamiento de datos en tiempo real, el pasado mismo se vuelve una delusión; el retraso del tiempo residual de la información de archivo se reduce a nulo.

En el *espacio* cibernético, la noción de archivo ya se ha convertido en una metáfora anacronista y obstaculizadora; más bien debería describirse en términos topológicos, matemáticos o geométricos, que reemplaza la memoria enfática por la transferencia (migración de datos) permanente. La antigua regla de que solo se puede localizar lo que se ha almacenado ya no es aplicable (Bradley, 1999). Mas allá del archivo en su antigua cualidad «arcóntica» (Derrida, 1985), Internet genera, en este sentido, una nueva cultura de la memoria. La digitalización del material almacenado análogo significa la transarchivación. Vinculado más a Internet que a burocracias estatales tradicionales, ya no hay memoria organizacional, sino una definición de estados circulantes, constructiva más que reconstructiva. Asumiendo que la cuestión de la memoria es realmente solo un efecto de la aplicación de técnicas de memoria, *no hay memoria*. Las bases de datos en red marcan el comienzo de una relación con el conocimiento que disuelve la jerarquía asociada al archivo clásico.

MIGRACIÓN DE DATOS

El archivo, aunque institucionalmente en curso como una memoria administrativa y jurídica del estado u otras corporaciones, se transforma, desde un nivel epistemológico, de un mecanismo de direccionalidad (memoria de solo lectura) en un *arché* en el sentido de Michel Foucault: una agencia generativa, algorítmica, similar a un protocolo, literalmente *programática*. El archivo digital (en lugar del analógico) está relacionado con el muestreo en ese aspecto. Ya el archivo tradicional basado en el texto consta de elementos digitales, letras elementales del alfabeto. Pero en la era digital, el alfabeto se reduce a un código binario que, en la arquitectura de la computadora de Von Neumann, ya no separa los datos almacenados y las reglas de procesamiento (como en los archivos tradicionales,

donde los documentos se guardan en depósitos mientras que las reglas de procedimientos de archivo se guardan en libros o metadocumentos administrativos). Cuando los datos y los procedimientos se encuentran en un mismo campo operativo, la diferencia documental clásica entre datos y metadatos (como en las bibliotecas, donde los libros y las firmas se consideran dos conjuntos de datos diferentes) implosiona.

La memoria digitalizada deshace la supremacía tradicional de las letras en los archivos en papel; en cambio, también entran el sonido y las imágenes que se pueden direccionar en su propio medio: las melodías pueden recuperarse mediante melodías similares, las imágenes por imágenes, los patrones por patrones. Por lo tanto, se está generando un nuevo tipo de memoria cultural-tecnológica. Lo que la computadora puede *excavar* digitalmente es un archivo genuinamente generado por los medios. Esto abre nuevos horizontes para las operaciones de búsqueda en Internet: las imágenes y los textos digitales no solo pueden vincularse a direcciones alfabéticas, una vez más, sometiendo imágenes y sonido a palabras y a metadatos externos (el paradigma de clasificación de archivo), sino que ahora se pueden direccionar al píxel individual desde adentro, en su propio medio, lo que permite la búsqueda aleatoria, literalmente el *mapeo* o mapa de bits.

Las imágenes y los sonidos entonces se vuelven calculables y pueden ser sometidos a algoritmos de reconocimiento de patrones. Esos procedimientos no solo *excavarán* desde el punto de vista de la arqueología de los medios, sino que también generarán declaraciones y perspectivas ópticas e inesperadas a partir de un archivo audiovisual que, por primera vez, puede organizarse no solamente de acuerdo con los metadatos sino según sus propios criterios —memoria visual en su propio medio (endógeno)—. El archivo generativo, el paradigma de archivo, en la cultura genuinamente digital, se está reemplazando por el muestreo —acceso aleatorio y directo a las señales—.

DEL ALMACENAMIENTO A LA TRANSMISIÓN

Existen diferentes culturas de memoria de medios. La memoria cultural europea tradicionalmente se centra en el archivo, con valores materiales residentes (bibliotecas, museos, arquitectura de 2500 años de antigüedad), mientras que la cultura de medios transatlántica se basa en la transferencia. Esto es lo que Michael Hardt y Antonio Negri (2000) apropiadamente llamaron *Imperio*. En un análisis de poder de hoy en día desde la arqueología de los medios, regresamos de la noción territorial de imperio al significado original de la palabra latina *imperium*, que significa «alcanzar, extender, transferir dinámicamente». En lo que respecta

al patrimonio, los archivos del Gobierno Federal de Estados Unidos no almacenan simplemente documentos que, según la tendencia archivística antigua, deberían ser guardados preferiblemente en secreto, sino que aseguran un imperativo de la memoria, un gran ofrecimiento móvil de sus contenidos al público, incluso mediante publicidad para que esa memoria circule. Si no hubiera derechos de autor, cada usuario en línea podría aprovechar el hecho de que en las redes digitales la separación entre la latencia de archivo y la actualización presente de la información ya ha colapsado. Habrá dos cuerpos de memoria en el futuro: memorias analógicas de almacenamiento material y memorias de información digital: tecnologías translucientes de transferencia permanente de datos. El archivo ya no es el mensaje de la memoria multimedia.

REFERENCIAS

Benjamin, W. (1972). *Gesammelte Schriften* [Escritos compilados]. Frankfurt, Alemania: sin datos.

Bradley, H. (1999). The Seductions of the Archive: Voices Lost and Found [Las seducciones del archivo: Voces perdidas y encontradas]. *History of the Human Sciences* [Historia de las Ciencias Humanas], 12(2), 107-122.

Caygill, H. (1999). Meno and the Internet: Between Memory and the Archive [Menón e Internet: Entre la memoria y el archivo]. *History of the Human Sciences* [Historia de las Ciencias Humanas], 12(2), 1-11.

De Certeau, M. (1973). *L'absent de l'histoire* [La ausencia de la historia]. París, Francia: Mame.

Derrida, J. (1985). *Mal d'archive* [Mal de archivo]. París, Francia: Gallimard.

Drosser, C. (23 de junio de 1995). Ein verhangnisvolles Erbe. *Die Zeit* [Una herencia desastrosa. El tiempo].

Ernst, W. (2004). El archivo como metáfora. Del espacio de archivo al tiempo de archivo. *Revista Open*, (7).

Esposito, E. (2002). *Soziales Vergessen. Formen und Medien des Gedächtnis der Gesellschaft* [El olvido social. Formas y medios de la memoria de la sociedad]. Frankfurt, Alemania: Suhrkamp.

Halbwachs, M. [1925] (1952). *Les Cadres Sociaux de la mémoire* [Marcos sociales de la memoria]. París, Francia: Librairie Félix Alcan. Les Presses universitaires de France.

Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Empire* [Imperio]. Cambridge (Mass.), Estados Unidos: Harvard University Press.

Hayles, N. K. (11 de mayo de 2001). *Coding the Signifier: Rethinking Processes of Signification in Digital Media* [Codificando el significante: Repensando los procesos de significación en los medios digitales]. Conferencia en la Universidad de Humboldt, Berlín, Alemania.

Kaplan, A. Y. (1990). Working in the Archives [Trabajando en los archivos]. En *Yale French Studies* 77, theme issue *Reading the Archive: On Texts and Institutions* [tema de la publicación *Leyendo el archivo: Sobre textos e instituciones*] (pp. 103-116). New Haven, Estados Unidos: Yale University Press.

Lessing, G. E. [1766] (1909). *Laocoonte*. Valencia, España: Sempere y Compañía Editores.

Manovich, L. (1998). Database as a symbolic form [La base de datos como forma simbólica]. En P. Nora (Ed.), *Les lieux de mémoire* [Lugares de memoria]. París, Francia: Gallimard.

Thoma, D. (1994). Zeit, Erzählung, Neue Medien [Tiempo, narrativa, nuevos medios]. En M. Sandbothe y W. C. Zimmerli (Eds.), *Zeit-Medien-Wahrnehmung* [Tiempo, medios, percepción] (pp. 89-110). Darmstadt, Alemania: Wiss Buchges.